

PUNTO CUBANO

Brindis de Salas: una existencia fabulosa

Por Sergio P. ALPIZAR

CUANDO Sarasate escuchó a aquel prodigio musical, le llamó el "Rey de las Octavas", porque desde los días todavía recientes de Paganini no se había visto a nadie convertir el violín en mágico instrumento resonante, realizar el milagro asombroso de darle vida fabulosa a las notas de un pentagrama. Arco en mano maravillosa, parecía un poderoso y colosal centauro arrancando de las cuerdas inestrenadas vibraciones, dándole soplo corporal a los arpeggios de la sinfonía, a la que supo arrebatársus más íntimos secretos.

Tiempos entonces de fervores artísticos de una burguesía en ascenso, muy lejos todavía de la decadencia presente, Brindis de Salas hubo de ser el hallazgo sensacional que llenaba el vacío dejado por otro genio del violín, al que ya se desesperaba de encontrar adecuado y digno sucesor. Los expertos en ardidés publicitarios se frotaron las manos con gozo irreprimido "Brindis de Salas es el Paganini negro"... El apelativo, seguramente, no debe haber agradado mucho a Brindis. ¿Por qué acaso no se llamaba a Paganini el "Brindis de Salas blanco"? Es muy posible que no haya habido malicia discriminadora en el calificativo, y que tan solo haya sido el afán de la recláme taquillera para colocar sobre la cabeza de Brindis la corona afamada del que fuera ídolo de los públicos de Europa. Tal vez así fuera... Y quizás el recóndito prejuicio llegara a concebir el absurdo inconcebible de que para un hombre de piel negra ya era demasiada grandeza el llevar el postizo apellido de un favorito insigne... de piel blanca.



CUENTASE que Brindis era alto, varonil, esbelto y elegante. ¡Sobre todo elegante! "Parecía un hombre rubio tallado en ébano" (¿Por qué siempre las comparaciones del lado opuesto?) De su temperamento borrascoso, y de su vanidad hay anécdotas en exceso. Las mismas, poco más o menos, de todos los genios que en el mundo han sido... Pero en Brindis tales características aparecen exacerbadas por causas aún más profundas y comprensibles. Aquellas reacciones suyas tienen todo el aspecto de una coraza defensiva, de aquel que ha sufrido muy a lo hondo de su entraña los agravios raciales, del que sintiera en propia humanidad el insulto de no ser servido en un hotel por tener la piel negra. Y, ¿podía olvidar acaso Brindis de Salas el calvario de su padre, laceradas las carnes a latigazos en la horrible Escalera, el posterior exilio de la patria y la vida infantil difícil y angustiada?

Sí, era altivo y arrogante quizás en demasía. Cosas muy comprensibles en época de cerrado individualismo, y más aún en hombre demasiado humano, con todas sus grandezas y debilidades, mimado por los grandes auditorios de dos continentes, llegado hasta el cenit de la apoteosis triunfal. Así esa en todo y ante todo: exhuberante, derrochador de energías y caudales. Pasión ardiente en genio y en figura, consumió su existencia singular en una permanente orgía de manirroto incurable, que habría de llevarlo a un final de tragedia.

4

2

1000135

DESTROZADO el hogar, la anatomía minada por la tisis, en dramático ocaso ya de sus maravillosas facultades, sale de Europa en un viaje que parece una fuga desolada hacia el abismo. Vuelve a Buenos Aires, la ciudad que contempló pasmada su maestría de extímio violinista. Sueña, seguramente, con una **repris**e imposible. Sueña, sonará siempre, sin querer y sin poder abrir los ojos a la realidad circundante. Y al prodigio musical que ha cobrado miles de pesos por una noche de concierto, se le ofrecen unos misereros pesos...

¿Podía Brindis consentir insulto semejante? ¡No, de ciertas alturas no se puede descender más que para morir! La muerte física era preferible a esa otra muerte en vida, tratado con desprecio, arrojándole las migajas de una limosna misera para no perecer.

Entonces el alcohol es el último refugio de Brindis, que estuvo toda la vida muy lejos de la sobriedad y el equilibrio psíquico. Se pierde en los sórdidos rincones de la urbe bonaerense, hasta que un día en un miserable hospedaje circulan el aviso de que un hombre agoniza. Cuando le conducen al hospital más cercano, el enfermero exclama despectivo: "¡Es un atorrante!"... La frase, en el argot del Plata equivale punto menos que a un indigente, uno de esos derelictos humanos que arroja la marea del infortunio social sobre los arrecifes de la existencia.

Con visible desgano se le despoja de las ropas. ¡Las ropas! Lo exacto sería decir los harapos: algo que alguna vez fué una levita bien cortada, está completamente hecha girones; los pantalones, sucios, destrozados; la camisa, inmunda, que semeja una cuba pegada al cuerpo. Y el hedor que despiden aquel despojo humano provoca el asco más profundo, la náusea invencible y repugnada.

—oOo—

ALGUIEN, no sin el lógico asombro, apuntó hacia un objeto que se ha desprendido, despedazado, de la anatomía del moribundo. ¡Es un corsé masculino con baleras, de aquellos que solamente vestían los caballeros de postín! Pero como todo lo demás, está sucio, mugriento hasta lo inconcebible. Esto va resultando ya cosa de intriga. Un registro más detenido entre las ropas, no revela gran cosa para los ojos inexpertos: Un programa de un concierto en Ronda. Una tarjeta... Un pasaporte, que dice: "Caballero de Brindis, Barón de Salas". Asombro y pasmo unánimes. Aquel "atorrante" que agoniza sobre la mesa de curaciones es nada menos que Brindis de Salas, el maravilloso violinista! ¡Sí, es él, no hay dudas. Fueron sus últimas palabras, pronunciadas con un timbre de orgullo: "Yo soy Brindis de Salas"... Y después, un débil estertor, como quien no tiene interés en hacer resistencia a la muerte, la cabeza que se iadea desfallecida, los ojos —¡aquellos ojos como dos saetas de fuego!— apagados para siempre.

El corazón se ha detenido. Y las manos prodigiosas, aquellas manos de virtuoso excepcional que pulsaron el arco del violin con alucinada maestría, yacen exangües, crispadas por el avatar de la agonía. Y, amarga ironía del destino, el Brindis mimado por la fortuna, acompañado siempre por un largo cortejo admirativo, rodeado del halago y el elogio, irá a morir en una mesa de hospital, como el más infeliz y desdichado de los hombres anónimos y desheredados.

Hay, Ag. 5/52